

## CIUDADANO DEL MUNDO

---

**E**s febrero de 2003. La pintura del Mundial de Indianápolis aún está fresca sobre el lienzo. La final perdida es curiosamente lo de menos. Lo entiende mejor que nadie Rubén Magnano mientras vuela hacia Dallas, invitado formalmente por los Mavericks, una de las franquicias de la NBA.

Después de los primeros acercamientos –ocurridos precisamente en Indianápolis, durante el Mundial–, las gestiones posteriores y esa propuesta de viaje estuvieron entre las prioridades de Donnie Nelson, el «capo» deportivo y *general manager* de la franquicia en la que su padre, Don Nelson, es el entrenador principal.

–Argentina expuso un verdadero espíritu de equipo y una evidente falta de egos, con cada jugador entendiendo su rol y haciendo lo que se necesitaba de cada uno de ellos. Vimos eso y lo valoramos porque creímos que mostraban la esencia del básquetbol y del trabajo conjunto –explicará Donnie Nelson al recordar, para este libro, la invitación a Magnano.

–Se ganaron el respeto y la admiración de todo el mundo del básquetbol, no sólo porque fueron los primeros en vencer al *Dream Team* o porque consiguieron medallas en Mundiales FIBA y en Juegos Olímpicos, sino también por los valores que expresaban –añadirá.

Donnie es un hombre abierto al mundo. Lo demostró en el pasado. Y lo demuestra en la conformación del plantel de los Mavs que Magnano observa de cerca en 2003.

En el Draft de 1998, Nelson hizo un movimiento legendario y consiguió, en una misma transacción, al canadiense Steve Nash y al alemán Dirk Nowitzki, dos futuros MVPs de la NBA. En ese equipo también están los franceses Tariq Abdul-Wahad y Antoine Rigaudeau, el mexicano Eduardo Nájera y Raja Bell, nacido en Islas Vírgenes.

En el resto de los puestos de la organización también confía en el talento internacional. El panameño Rolando Blackman –jugó once temporadas en el equipo y en 2000 Dallas retiró su camiseta número veintidós– es uno de los asistentes técnicos. El senegalés Amadou «Gallo» Fall es el jefe de *scouting*; en esa área de evaluación de talentos también se desempeña el argentino Lisandro Miranda. A ellos, luego se sumará el lituano Alvydas Pazdradis.

\*\*\*

La franquicia guiada por el empresario Mark Cuban percibe que hay incluso tejidos invisibles detrás de esa cohesión casi perfecta del equipo conducido por Magnano, de ese juego que maravilló al planeta aunque haya sido Yugoslavia la dueña de la corona en Indianápolis 2002.

–Querían tenerlo ahí y nutrirse. Argentina proyectaba un aura distinta. No tenías que ser un genio del básquet para entenderlo –dirá el rosarino Lisandro Miranda, *scout* internacional de Dallas desde 2002–. Con lo exitistas que son los «americanos» respecto del triunfo, era conmovedor lo que sentían por un seleccionado que había salido segundo. Ellos querían saber qué pasaba con ese equipo, qué había detrás.

–La Argentina de 2002 había jugado como cualquier entrenador del mundo quisiera que juegue su equipo. Y los Mavs entendían que había una filosofía detrás de eso. No se ganó con una superestrella, jugando «aclardados» para él. Se jugaba en equipo y se transmitía algo especial –agregará Miranda, compañero de viaje de Magnano en ese periplo fascinante.

\*\*\*

La franquicia texana jamás invitó a un entrenador con el *all-inclusive* que le ofrece a Magnano en 2003. Le permiten participar de los entrenamientos, los trabajos de *scouting*, las charlas técnicas y las diversas tareas reservadas para afamados especialistas.

El panameño Rolando Blackman, asistente técnico del equipo, establece una cercanía evidente con Rubén. Mantiene largas charlas. No los

separa la barrera idiomática ni necesitan de traductores. El senegalés Amadou «Gallo» Fall, jefe de *scouting*, es otra de las personas con las que el cordobés entabla una muy buena relación. Con Gary Boren, una leyenda en la enseñanza de la mecánica de lanzamientos libres, también hay muy buena química.

Durante esos días se hace habitual que el cordobés recorra con naturalidad ciertos espacios exclusivísimos y vedados para muchos. Él, sin embargo, podría contar que la oficina de Don Nelson tiene paredes de ladrillo a la vista, cortinas blancas y una biblioteca de madera. Y que el escritorio es de mármol. Sobre él reposan innumerables objetos: desde casetes de VHS y controles remotos hasta lapiceros y adornos de lo más variados.

Allí le presentan a Del Harris, actual asistente de los Mavs y exentrenador de Los Ángeles Lakers durante cinco temporadas a fines de los años noventa: será el futuro técnico de China en los Juegos de Atenas 2004, cuando los asiáticos se crucen con Argentina.

\*\*\*

Donnie Nelson muestra un *look* joven. Es atento y cortés. Tiene cuarenta años y alterna *jeans* con camperas deportivas o usa sacos formales, pero siempre desprendidos. Su mansión es uno de los puntos de encuentro habituales con Rubén y Lisandro. Se sientan en los mullidos sillones del living o alrededor de la pileta. A veces descorchan una botella de vino. En otras oportunidades pasan casi todo el día en las oficinas y el centro de entrenamientos ubicados dentro del *American Airlines Arena*.

En todos los casos, el principal ejecutivo de la franquicia se muestra atento a cada concepto que Magnano le transmite en las charlas que se extienden durante horas. A ninguno de los interlocutores le preocupa irse por las ramas. De inquietud intelectual sin límites, Donnie Nelson se interesa por el básquetbol, de manera evidente, pero le gusta indagar sobre la cultura y las costumbres de otros países. Por supuesto, trata de conocer sobre la realidad socioeconómica argentina: las imágenes que llegaron al mundo entre fines de 2001 y principios de 2002 metían miedo.

Miranda, quien participa de esas charlas, tiene apenas veinticuatro años. No deja de asombrarse por la apertura y el interés que muestra el anfitrión, quien ya se quedó con una joya internacional como Nowitzki y luego repetirá una hazaña semejante con el esloveno Luka Doncic.

–En la NBA estaban abriendo los ojos al mundo y Magnano era un símbolo de esa apertura. Argentina, con la impronta de Rubén, había vuelto a las fuentes y marcó una época. Él convenció a sus jugadores de que no eran menos que nadie. Que todo se ganaba trabajando colectivamente. En ese plantel, muchos podrían haber tirado diez tiros más por partido, pero ése no era el concepto solidario que estaba impreso en esa vuelta a los orígenes de este deporte –explicará Miranda.

\*\*\*

En el *American Airlines Arena*, el entrenador argentino tiene un lugar de privilegio, entre las primeras líneas de butacas. Muy cerca del campo de juego. Si mira hacia arriba, el estadio parece inmenso. Antes de la última bandeja lucen los carteles electrónicos en los que se alternan publicidades de Coca Cola, DirecTV, Nextel, Ford y Bank One, entre otras. A uno y otro lado hay personas comiendo pizza y tomando grandes vasos de gaseosas.

En casa, los Mavs superan sucesivamente a Miami Heat, Atlanta Hawks y San Antonio Spurs. En este juego, en Dallas brillan Nash y Nowitzki. También Michael Finley –uno de los hombres que cayó a los pies de la Albiceleste en Indianápolis– muestra su enorme potencial.

Durante el partido, alguien le comenta a Rubén que Donnie Nelson y Gregg Popovich fueron asistentes de Don Nelson en Golden State Warriors, mucho antes de que «Pop» se transformara en una de las grandes leyendas de la liga y cayera rendido ante el talento del salvaje Manu Ginóbili.

\*\*\*

El juego siguiente será contra los Rockets del gigante chino Yao

Ming. A Magnano le asignan una butaca en el avión privado más lujoso de la NBA. Mientras suben la escalerilla, Lisandro Miranda le pide a una persona del *staff* de los Mavericks que les tome una foto. Rubén tiene un *jean* y un rompevientos. Los dos sonrían mientras el flash los ilumina en la noche. Ni siquiera saben si esa foto saldrá: son cámaras con rollos y hay que esperar al revelado una vez que regresen a Argentina.

Apenas aterrizan en Houston, dos ómnibus se acercan a la aeronave. Unos operarios cargan los bolsos. Rubén y los Mavs descienden, se ubican en comodísimas butacas y se van directamente al hotel. Dallas obtendrá, en esa ciudad, su cuarta victoria en cadena.

–Queríamos conocer más a Rubén y su filosofía basquetbolística. Fue un placer y un honor mostrarle nuestra franquicia –dirá Donnie Nelson, *vía e-mail*, para este libro–. Luego de pasar tiempo con él, comprendimos que proyectaba sus propios valores personales a su equipo y compartía la misma visión y objetivos con sus jugadores.

–Todo aquello permitió que esa Argentina sea recordada como una de las mejores selecciones nacionales de todos los tiempos –completará.

\*\*\*

Al regresar de Houston, Miranda ajusta la agenda para cumplir con otra invitación. Rick Barnes, entrenador de la Universidad de Texas, una de las más prestigiosas de la NCAA, desea conversar con Magnano.

–Él es el entrenador de la Selección Argentina, el primer equipo en ganarle a un plantel NBA de Estados Unidos –dice Barnes frente a sus jugadores.

Entre esos basquetbolistas se destaca TJ Ford, un talentoso perimetral que pocos meses más tarde será elegido en el puesto número ocho del Draft de la NBA. Y lo distinguirán como MVP de esa temporada de la NCAA, delante de futuras estrellas como Dwyane Wade, Carmelo Anthony y David West.

–Nuestros jugadores vieron todos los videos de los partidos de Argentina en el Mundial 2002 –comenta Barnes a los dos argentinos.

La charla, en la que Miranda hace de traductor, va de un tema a otro.